



LA GRAN EVASION

PAUL BRICKHILL



Annotation

Un grupo de aviadores han caído prisioneros; son británicos, norteamericanos y australianos. No se conforman con estar encerrados en el campo de concentración nazi, ni con la dura realidad, ni con el incierto futuro que les espera. Se han organizado y ahora son más de doscientas personas que llevan meses trabajando en la construcción de un túnel que les permita la fuga.

Han tenido que ir perfeccionando el sistema, y ahora son expertos. Sin embargo, otras veces les han pillado y después del castigo correspondiente -encerrados en la dura 'nevera'- han sido distribuidos a otros campos. Ahora están en el temido Stalag Luft III, situado cerca de la ciudad polaca Zagan. Es célebre por su fama: el que entra no vuelve a salir.

Los anteriores fracasos les han hecho más prudentes, y pese al numeroso grupo de prisioneros que participan en los trabajos procuran que no sepan realmente qué se hace. Cada uno sabe su misión y nada más.

Con increíble ingenio y aprovechando las habilidades de cada uno, fabrican brújulas y uniformes, dibujan mapas, tiñen sus ropas con betún para simular las chaquetas azules alemanas, fabrican maletas de cartón, falsifican documentación y se hacen con víveres de los que envía Cruz Roja para atender sus necesidades (piensan en los primeros días en libertad).

PAUL BRICKHILL

La gran evasi3n

Pomaire

Sinopsis

Un grupo de aviadores han caído prisioneros; son británicos, norteamericanos y australianos. No se conforman con estar encerrados en el campo de concentración nazi, ni con la dura realidad, ni con el incierto futuro que les espera. Se han organizado y ahora son más de doscientas personas que llevan meses trabajando en la construcción de un túnel que les permita la fuga.

Han tenido que ir perfeccionando el sistema, y ahora son expertos. Sin embargo, otras veces les han pillado y después del castigo correspondiente -encerrados en la dura 'nevera'- han sido distribuidos a otros campos. Ahora están en el temido Stalag Luft III, situado cerca de la ciudad polaca Zagan. Es célebre por su fama: el que entra no vuelve a salir.

Los anteriores fracasos les han hecho más prudentes, y pese al numeroso grupo de prisioneros que participan en los trabajos procuran que no sepan realmente qué se hace. Cada uno sabe su misión y nada más.

Con increíble ingenio y aprovechando las habilidades de cada uno, fabrican brújulas y uniformes, dibujan mapas, tiñen sus ropas con betún para simular las chaquetas azules alemanas, fabrican maletas de cartón, falsifican documentación y se hacen con víveres de los que envía Cruz Roja para atender sus necesidades (piensan en los primeros días en libertad).

Autor: Brickhill, Paul

©1965, Pomaire

ISBN: 9788494175480

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 25/05/2018

Paul Brickhill

LA GRAN EVASI3N

TÍTULO del original inglés, The Great Escape

Traducción, Pomaire

Cubierta, Liarte

Círculo de Lectores, SA.

© Editorial Pomaire, 1965

Depósito legal B. 10289-70

A los Cincuenta

Los años han suavizado la memoria yero no la han desvanecido. Ni creo que jamás lo lograrán. Esta es la primera vez que se narra la más grande evasi3n en masa que se haya intentado. He utilizado algo del material de mi libro Escape to Danger. Era necesario. Era una parte de esta historia.

Paul Brickhill

Preludio

ROGER BUSHELL acababa de cumplir los treinta a1os cuando lleg3 a Dulag Luft, el campo de recepci3n para los prisioneros de la Fuerza A3rea. Era un hombre alto, temperamental, de anchos hombros y los ojos azul p3lido m3s fr3os que he visto en mi vida. A los veinte a1os hab3a sido campe3n nacional de esqu3 en Gran Bretaña, y en cierta oportunidad, en una carrera internacional en Canad3, al descender a una velocidad infernal por la ladera de un cerro, tropez3 en el saliente de una roca. La punta de uno de los esqu3s penetr3 brutalmente en el extremo inferior de su ojo derecho. Despu3s de operado y cosido, le qued3 un defecto en el ojo que hac3a que su mirada fuera extra1amente siniestra y pensativa.

El 23 de mayo de 1940 hab3a conducido a los doce *Spitfire* de su escuadrilla sobre las costas entre Dunquerque y Boulogne. Abajo, unos hombres en uniformes de batalla avanzaban por las playas, y regaban de sangre la arena con la lluvia de bombas. No hab3a muchos pilotos de la R.A.F., porque, en realidad, no eran muchos los pilotos de la R.A.F., y la mayor3a de ellos estaban sobrevolando los l3mites del campo de batalla para impedir que los bombarderos se acercaran.

Fueron cuarenta los *Messerschmidt 110* que se lanzaron en picado contra los *Spitfire*, y cinco de ellos se encargaron de Bushell. Dio una patada al tim3n, gir3 bruscamente y los aviones alemanes pasaron por su lado y ascendieron vertiginosamente. Cuando vio que el 3ltimo se alejaba, Bushell enderez3 su aparato y ascend3 casi verticalmente, y fue entonces cuando sus r3fagas alcanzaron al alem3n. Surgieron llamas del motor de babor del *Messerschmidt*, que gir3 sobre s3 mismo y se desplom3.

Otro *Messerschmidt* se aproximaba a Bushell por el frente. Ambos disparaban sus ametralladoras; todo eran resplandores rojizos y entonces Bushell pasó a escasa distancia sobre el alemán y vio que éste ascendía bruscamente, comenzaba un rizo y luego caía despidiendo humo. Bushell también estaba tocado; el humo penetraba en su cabina. El motor se inflamó y el humo desapareció.

Pudo alcanzar tierra planeando y, mientras el *Spitfire* arrastraba el vientre estrepitosamente, surgieron llamas bajo la capucha del motor. Se había dado un golpe en la nariz con la mirilla de la ametralladora y salió de la cabina con el rostro cubierto de sangre. Después de encender un cigarrillo y mientras observaba al avión envuelto en llamas, juzgó que estaba en territorio británico y que con un poco de suerte podía estar de vuelta en su escuadrón al cabo de dos días.

Una motocicleta se aproximó por un camino que descendía un pequeño cerro y giró en el otro extremo del campo. Bushell la esperó pacientemente y sólo entonces se dio cuenta de que el conductor no llevaba un casco de motorista sino un casco de guerra y, momentos después, un arma le apuntaba. (Si los alemanes hubieran sabido la clase de hombre que acababan de apresar, seguramente le habrían matado en el acto. Y les habría valido la pena.)

A pesar de ser jefe de escuadrilla de la R.A.F., Roger Bushell había nacido cerca de Johannesburgo, y a los seis años podía maldecir fluidamente en inglés, en dialectos africanos y escupir a una distancia considerable. Mas tarde adquirió educación muy británica al estudiar en Wellington, en Inglaterra. Cuando tuvo que asistir por primera vez ante el director de la escuela, éste le resumió admirablemente en una carta a su madre: «No se preocupe por él. Ya ha organizado a todos los otros novatos. Conozco a esta clase de muchachos. Le pegarán con frecuencia, pero se ganará el afecto de todos.»

En Dulag Luft, los alemanes le encerraron aisladamente para ablandarle antes del interrogatorio, pero esto no fue de gran ayuda, ya que Bushell había sido un licenciado con verdadero talento para la beligerancia. Nada pudieron sacarle, fuera de cierta ironía un poco ácida. Entonces le dejaron en libertad dentro del campo. Se componía de un terreno despejado de unos cien metros en cuadro y tres largas barracas de poca altura, rodeadas por montañas de alambradas, reflectores y nidos de ametralladoras, y habitado por un desgraciado grupo de hombres entrenados para luchar y permanecer en silencio tras las alambradas, mientras su país esperaba la invasión.

El comandante Harry Day, el de mayor graduación, había sido derribado cinco semanas después de comenzada la guerra, mientras volaba con un *Blenheim* en forma suicida durante un vuelo de reconocimiento diurno, solitario, sobre Kaiserslautern. En la primera guerra mundial ya había volado y ahora, el cabello encanecido, alto, de carácter vital, tenía un rostro agudo y una nariz aguileña que le incluía en ese tipo de personas llamadas «caracteriales». No le gustaba el encierro, y el campo de prisioneros no le ayudó. Era capaz de sobrellevar una especie de introspección austera que muy pronto se desvanecía en un torbellino de alegría. Podía ser duro como el acero y temible, y de pronto, ese aspecto amargo y ácido se transformaba en una amplia sonrisa.

El «Burlador», mayor Johnny Dodge, había nacido en América (su madre, la señora Charles Stuart Dodge, era hija de John Bigelow, embajador de los Estados Unidos en Francia durante el gobierno de Abraham Lincoln). En la primera semana de la guerra de 1914, el «Burlador», un muchacho de veinte años, de mejillas sonrosadas, cogió un barco con destino a Inglaterra para poder volar lo antes posible. Cinco años después era coronel condecorado. Cuando los conflictos comenzaron nuevamente en 1939, el amigo y pariente de la familia, Winston Churchill, le hizo volver

r3pidamente a las filas y el «Burlador» fue capturado algunos meses m3s tarde con la B.E.F. en Francia, cerca de las costas de Dunquerque.

Ahora, a los cuarenta a3os, nad3 varias millas en el Canal para interceptar un barco, no lo alcanz3, volvi3 a la costa, fue atrapado, se escap3, le atraparon nuevamente los de la Luftwaffe y, desde entonces, estuvo permanentemente en los campos de prisi3n para la Fuerza A3rea (excepto cuando intentaba evadirse). El «Burlador», un tipo alto y de perfectos modales, con una naturaleza caritativa incre3ble, parec3a haber vencido totalmente el miedo. Y no digo esto en forma extravagante. Creo que el miedo no le influ3a. Bushell era as3 y tambi3n Day.

Y tambi3n era as3 Peter Fanshawe, teniente de la Fuerza A3rea Naval. Fanshawe, de rubios cabellos, a quien no se le pod3a llamar Peter porque era un personaje tan caracter3stico de la Armada, muy recto y dif3cil de llegar a conocer. Jimmy Buckley era otro teniente de la Fuerza A3rea Naval, m3s testarudo que Fanshawe. Estaban adem3s Mike Casey, Paddy Byrne, el peque3o duendecillo de Irlanda, y muchos otros. Dentro de la sutil jerarqu3a de caracteres, independiente de los grados, muy pronto Bushell fue uno de los l3deres en la ambici3n com3n de evadirse. El, Day y una docena m3s, comenzaron a cavar t3neles. Ten3an mucho que aprender al respecto. El primero lo comenzaron bajo la cama de Paddy Byrne, cortando una trampa en el piso de madera. Los alemanes, por su parte, tambi3n ten3an mucho que aprender sobre la forma de descubrir los t3neles, de manera que pudieron utilizar muchos que, en realidad, no deb3an haber servido de nada. Cavaban con las manos en la tierra humedecida y luego la ocultaban y esparc3an bajo la barraca. En la ratonera la oscuridad era absoluta y todo lo hac3an al tacto, trabajando con sus ropas interiores de algod3n, para que no pudieran atraparles por las manchas de tierra en sus uniformes.

El primer t3nel alcanzaba ya la alambrada y s3lo les faltaban unos dos metros para la libertad, cuando encontraron una fuente de agua que les invadi3 e inund3 el t3nel. Comenzaron otro t3nel en otra direcci3n. Los alemanes lo descubrieron. El invierno se aproximaba y la temporada de evasi3n estaba por llegar a su fin. No se pueden cruzar doscientas millas por la nieve, sin mucho alimento y abrigo, hasta llegar a la frontera.

Cuando la primavera comenz3 a florecer y se reblandeci3 la tierra, empezaron un nuevo t3nel bajo una cama en la habitaci3n de Day, y esta vez no se presentaron dificultades serias.

En el mes de julio ya tenian unos treinta metros de longitud, habian pasado bajo la alambrada y s3lo faltaba cavar menos de un metro en sentido vertical. Y despu3s de todo eso, Roger escap3 la noche antes de que el t3nel llegara a la superficie.

Los prisioneros fueron llevados a un campo vecino para que hicieran ejercicio. En un extremo de este campo vivia una cabra bajo un cobertizo ruinoso. La atenci3n de todos los guardias fue captada por una «corrida» entre los prisioneros y la cabra (tal como se tenia proyectado) y Roger se introdujo bajo el cobertizo. Mucho se habia discutido sobre la forma en que saldría de su escondrijo. Buckley comenz3 con la historia tan repetida al decir:

—¿Y el olor?

—Oh, a la cabra no le importará en absoluto —replic3 oportunamente Paddy.

Y, tal como sucedi3, a la cabra no le import3. No hubo escándalo y despu3s de la caída de la noche, Roger se arrastr3 fuera de la vista de los guardias y desapareci3 en los campos.

A la noche siguiente, en una de las barracas, hubo una gran celebraci3n, y mientras los guardias se preguntaban cuál podría ser la causa de esta alegría desenfrenada, sin apartarse de sus ametralladoras, Byrne cav3 el 3ltimo metro

de túnel y diecisiete sombras emergieron en el extremo más apartado y se arrastraron hacia el bosque, cubiertos por el ruidoso grupo.

El salir del campo de prisioneros es sólo la mitad de la batalla: esto lo aprendieron amargamente. Todos fueron atrapados; la mayoría de ellos al día siguiente. El «Burlador» fue cogido mientras intentaba cruzar un puente en el cual sucedió que había un guardia. Day estuvo tres días fuera, hasta que un par de guardabosques le sacaron bajo la amenaza de un par de escopetas. Había tratado de ocultar su uniforme y convertirlo en un traje civil cualquiera, pero para salir bien del paso con esta treta se requiere la complicidad de la oscuridad de la noche.

Roger tuvo *mejor* suerte. Avanzó cientos de kilómetros en dirección a la frontera suiza y estaba a unos treinta metros de ella, en un pequeño poblado, de noche, cuando un guardia fronterizo le detuvo. Roger pretendió pasar por un instructor de esquí un poco bebido que volvía a casa después de haber arreglado una competición en el pueblo. El guardia era amistoso y le creyó, pero le dijo que era mejor que le acompañara al puesto para dejar todo en regla. Sabiendo lo que eso significaba, Roger aceptó con una sonrisa y de pronto desapareció tras una esquina con un par de disparos a la zaga.

Crejó haber logrado escapar cuando se encontró en un callejón sin salida, con altos muros por todas partes. Le obsequiaron con la mejor celda aislada de Frankfurt y luego le devolvieron a Dulag.

Sin embargo, la experiencia fue valiosa y los prisioneros quedaron con el sabor de la libertad en los labios.

Para los alemanes también fue una buena lección. «Purgaron» a Roger, al «Burlador» y a todos los otros que habían intentado evadirse enviándoles a un nuevo campo en Barth, en las costas del Báltico. En el lapso de un año se comenzaron allí cuarenta y ocho túneles, pero el agua estaba a poco más de un metro de profundidad, de manera

que los túneles tenían que ser cavados muy cerca de la superficie y los alemanes los derrumbaban haciendo pasar carros pesados por el terreno.

Fuera del ferviente deseo de escapar de la prisión y volver al campo de batalla, había varios otros motivos para evadirse.

La Convención de Ginebra especifica que las tropas capturadas deben ser alimentadas apropiadamente. El sentido de la propiedad de los alemanes en cuanto a los alimentos no pasaba de ser una formalidad; nos alimentaban con un costo aproximado de un chelín y dos peniques a la semana. Esto no tenía nada de gracioso. Si usted ha tenido hambre alguna vez, no apetito voraz, sino verdadera hambre, comprenderá parte de la razón por la cual no se deseaba continuar bajo la hospitalidad de los alemanes. En su primer año de encierro, Roger perdió unos veinte kilos.

Al cabo de pocos meses en Barth, él y algunos otros fueron transferidos a otro campo en unos camiones, cargados como animales. Roger y otros levantaron las tablas del piso del camión y unos cuerpos comenzaron a deslizarse cubiertos por la oscuridad de la noche. Uno de ellos cayó bajo las ruedas que le aplastaron ambas piernas; murió de inmediato.

Esa noche, cerca de Hannover, Roger y un oficial checoslovaco de la R.A.F., Jack Zafouk, lograron cruzar una cerca y dirigirse hacia la frontera checoslovaca, donde vivía el hermano de Zafouk. Llegaron sanos y salvos abordando un par de trenes. El hermano les dio dinero y la dirección de un amigo en Praga, quien les acogió y ocultó.

Durante una semana tuvieron que permanecer dentro del departamento del amigo. Zafouk no se atrevía a salir porque podrían verle sus conocidos y Roger no sabía hablar checo. El amigo que les hospedaba logró ponerse en contacto con la red subterránea y arregló su evasión a través de Yugoslavia, pero justo cuando estaban dispuestos a

emprender la marcha, la Gestapo descubri3 la red y elimin3 a todos sus miembros.

Aún sin poder salir, Roger y Zafouk esperaron semanas antes de que se pudiera organizar otra red subterránea para que los pasara a través de Turquía. Llegaron a la frontera checa y la Gestapo también cortó esta cadena. Escaparon de milagro y volvieron a Praga. En esos días, los patriotas checos mataron a Heydrich, el jefe de la Gestapo, y el infierno estalló en Checoslovaquia. Hubo muchas ejecuciones y torturas.

Y también muchas traiciones de la peor especie. Cierta mañana, sonó la campanilla del departamento. El amigo checoslovaco, su hijo y su hija, estaban fuera. Roger y Zafouk se mantuvieron en silencio y no respondieron a la llamada insistente, pero la puerta fue abierta violentamente y entraron cinco hombres de la Gestapo. Poco después estaban encerrados en celdas de la Gestapo.

Zafouk fue interrogado durante una semana y luego se le envi3 a otro campo de concentración. Roger fue llevado a Berlín, a una celda de la Gestapo. La familia checoslovaca fue fusilada.

Entretanto, otras evasiones continuaban; es decir; evasiones de los campos de prisioneros. Todavía, nadie había logrado llegar a Inglaterra. En Barth se organizó un primitivo comité de evasión para coordinar los trabajos de escapada. Le dieron el nombre de «Organización X» por razones de seguridad, y Jimmy Buckley recibió oficialmente el título de «Gran X».

Los alemanes, por su parte, también tomaron medidas y los «hurones» aparecieron en el campo. Eran guardias de seguridad alemanes vestidos con monos y equipados de linternas y largos hierros que hundían en el suelo para descubrir los túneles. Luego, alrededor de la alambrada, pusieron detectores de sonido a cierta profundidad para captar los ruidos hechos al cavar. Como un reloj fueron descubriendo túnel tras túnel.